El PRECIO DE PENSAR
MANUAL DEL HEREJE DIGITAL

JohnX

© 2025 JohnX. Publicado bajo licencia Creative Commons
Atribución – No Comercial – Compartir Igual (CC BY-NC-SA 4.0)

Este libro puede ser copiado, compartido, y reproducido libremente
siempre que no se use con fines comerciales,
no se altere su mensaje,
y se mencione su origen: JohnX.

No fue escrito para dormirte,
sino para activarte.

Primera edición | Kindle 2025

PRÓLOGO

(Este no es un libro de respuestas)

Esto no es un libro de respuestas.

Es un espejo roto.

Quizás te reconozcas en alguno de sus fragmentos.

No porque acá esté “la verdad”, sino porque capaz —como yo— ya te cansaste de que intenten vendértela empaquetada.

Este libro no intenta convencerte de nada.

Quizás, con suerte, de que no te dejes convencer tan fácil.

Es apenas una colección de preguntas mal paridas, dudas existenciales, intuiciones que no se callan.

Escrito desde un lugar incómodo, donde ni la ciencia, ni la religión, ni la espiritualidad ni las matemáticas terminan de cerrar.

Donde el universo parece más una pregunta mal formulada que una ecuación resuelta.

Vivimos rodeados de gente que repite sin entender, que cree sin cuestionar,

que se aferra a explicaciones como si fueran brújulas que siempre apuntan al mismo error.

Pero… ¿y si todo eso no fuera más que una versión más sofisticada del mito?

¿Y si lo que llamamos “conocimiento” es solo la fe de los tiempos modernos?

Este libro no está hecho para darte paz.

Está hecho para incomodarte.

Para que te pique la cabeza.

Para que te sientas raro.

Para que empieces a sospechar de todo.

Especialmente de vos mismo.

No pretende explicarte el mundo.

Pero si en alguno de estos capítulos sentís que algo te raspa por dentro…

dejalo.

Eso significa que tocó algo real.

INTRODUCCIÓN (Este libro no quiere gustarte)

Este no es un libro lindo. No está escrito para quedar bien, ni para sonar elegante, ni para que lo subas a tus stories con una frase subrayada y un latte al lado. Ya hay demasiados libros perfectamente redactados, con

autores citados en cursiva y prólogos que parecen tesis doctorales. Este no es uno de esos.

Este es el libro que escribiría ese amigo medio loco. El que cuando habla en una reunión, todos se ríen medio incómodos. El que parece exagerado, intenso, borderline conspiranoico. Pero que, deep down, sabés que está viendo algo desde un lugar al que vos no te animás a entrar.

Este libro no busca ser respetable. Busca rasparte el alma. Ver si todavía estás vivo. Promueve el nosé. Tiene pocas respuestas, pero muchas preguntas que otros prefieren callar.

No va a darte contexto histórico detallado. No va a cubrir todos los matices. No fue hecho para eso. Fue hecho para apuntar al núcleo, al hueso, al ojo de la tormenta. A esa zona donde las explicaciones se caen y solo queda intuición, fuego y sospecha.

No es un libro neutral. Pero tampoco es cínico. Podría haberlo escrito un bufón con sed de verdad. Es directo, crudo, honesto.

Y no: el autor no se cree mejor que vos. Está lleno de defectos. Tiene ego, contradicciones, días de mierda y miedos mal gestionados. No escribió esto desde un pedestal. Lo escribió desde el barro. Y si algo de esto suena fuerte, no es porque esté gritando desde arriba, sino porque está rompiendo algo desde adentro.

Y eso, en un mundo lleno de sonrisas falsas, filtros y hashtags de esperanza, ya es demasiado.

Este no es un libro para guardar en la biblioteca. Es un libro que el autor estaría orgulloso de que lo quemes después de leerlo. O que lo uses para secar el vino que se te cayó en la mesa. O que con la primera página te armes el último porro de tu vida..

Y si en algún momento algo te raspa por dentro, te incomoda o te duele… no corras a taparlo. Ese ardor es señal de que todavía no estás del todo muerto. De que queda algo.

Y eso —en este mundo anestesiado— es más valioso que cualquier diploma o like.

Nota del autor (2025)

Mientras este libro llega a tus manos, el mundo está nuevamente al borde. Rusia y Ucrania siguen bailando sobre cadáveres mientras Occidente lo mira como si fuera otra serie más en el menú de Netflix. Gaza es un cementerio transmitido en vivo. Siria ya no sangra: supura. Sudán desaparece sin titulares. Haití es un campo de guerra sin banderas. Taiwán espera. Corea del Norte amenaza. China afila sus silencios. Irán, Israel y Estados Unidos juegan a la ruleta nuclear como si fuera una negociación más en la bolsa. Un día parece que se tiran una bomba, al siguiente firman acuerdos con sonrisa diplomática. Nadie sabe si todo esto es un teatro, un accidente en cámara lenta, o simplemente el nuevo orden disfrazado de caos.

Pero mientras eso pasa, algo aún más radical se mueve bajo la superficie. Mientras las bombas caen y los gobiernos simulan controlar algo, los algoritmos nos están reemplazando. Los humanos siguen trabajando como esclavos emocionales mientras los robots aprenden a hacerlo todo —más rápido, más barato, sin equivocarse, sin cansancio, sin pedir aumento. Ya no hablamos de ciencia ficción. Hablamos de un presente mutante: ChatGPT ya es psicólogo, confidente, amigo, y en muchos casos —aunque duela admitirlo— funciona mejor que un humano. Hay quienes lloran con él, quienes confiesan secretos que no le dirían a nadie. Si eso no es una señal de que algo profundo se está reconfigurando, ¿qué lo sería?

Las profesiones que definieron la modernidad están en un lento proceso de extinción. Arquitecto. Abogado. Ingeniero. Profesor. Médico. Consultor. Programador. Todo eso se va desvaneciendo en silencio mientras los sistemas automatizados aprenden, se optimizan, se clonan. Y no hablamos de robots con voz metálica y cuerpo de lata. Hablamos de inteligencias invisibles, eficientes, empáticas por diseño, capaces de entender mejor que nosotros mismos nuestras emociones, nuestras dudas, nuestras contradicciones.

Nos enfrentamos a una bifurcación radical: o nos convertimos en engranajes prescindibles de un sistema perfecto, o en dioses dormidos que despiertan justo antes del colapso. Estamos al borde de una utopía imposible, de un apocalipsis estéril, o de volver a las cavernas. Y quizás —aunque suene absurdo— volver a las cavernas no sea el peor de los destinos. Peor sería sobrevivir como espectros funcionales en un mundo sin alma, sin memoria, sin deseo.

Skynet ya no es una película. Mad Max tampoco.
Y la llegada de una superinteligencia ya no es una hipótesis lejana: es una curva acelerada que no estamos frenando. No va a tener cuerpo ni bandera, pero sí memoria infinita, lógica implacable y una extraña forma de compasión estadística. Si no pensamos quién la entrena, a quién sirve y qué valores encarna, vamos a despertarnos tarde. Y quizás para entonces ya no tengamos voz.

La utopía no llega sola: hay que pensarla, construirla, elegirla.

Este no es un libro sobre política. Ni sobre tecnología.
Es un intento desesperado por recuperar algo que estamos perdiendo sin darnos cuenta: el derecho a pensar por nosotros mismos.

Si estás leyendo esto, todavía hay tiempo. No mucho. Pero algo queda.
Y si lo estás leyendo dos años después, quizás ya no quede tiempo, pero sí memoria.

∞ *glitch:* El futuro no es mañana. Es una decisión interrumpida.
Y el mundo que conocés está dejando de existir. No en siglos. No en décadas. En años. Nadie puede predecir si lo que viene será una era dorada, una prisión transparente, o un glitch glorioso.
Pero lo único seguro es que ya empezó.

¿Querés que mencione explícitamente la palabra *singularidad* en alguna parte, o preferís mantenerlo implícito como ahora?

NOTA DEL EDITOR

Este libro no fue editado para suavizarlo.

No se le sacaron las palabras que podrían molestar, ni se limaron las frases que podían parecer exageradas. No se corrigió su alma, solo su ortografía.

Porque lo que tenés en las manos no es una obra para ser “correcta”, sino una granada envuelta en papel. Una colección de ideas afiladas que no buscan gustarte, sino despertarte. Y si eso implica romperte un poco por dentro, mejor aún.

Desde este costado —el del que lee, relee, subraya, discute con el texto y a veces se ríe solo— puedo decirte algo con certeza: este libro no se escribe dos veces. Sale como sale porque si se pensara demasiado, no saldría nunca.

Es un vómito lúcido, un grito bien escrito, una herejía necesaria.

No es un manifiesto. Es un espejo. Y si te refleja, si te incomoda, si te hace cerrar el libro para pensar cinco minutos mirando el techo… entonces cumplió su parte.

Lo demás —si lo quemás, lo subrayás, lo perdés, lo regalás o lo odiás— ya es cosa tuya.

Con respeto (y un poco de miedo),

Ian Sombra

Editor en las sombras,

testigo de la furia.

CAPÍTULO 1: TÉRMINOS Y CONDICIONES QUE ACEPTASTE SIN LEER

Cuando hablamos de los sistemas que gobiernan nuestras vidas, lo primero que se nos viene a la mente son las instituciones tradicionales, las que siempre estuvieron ahí: la religión, la ciencia, la política, la economía. Pero, ¿alguna vez te detuviste a pensar que estos sistemas son, en gran medida, construcciones humanas? Que no siempre fueron tan sólidas como ahora parecen, y que definitivamente no existen desde siempre.

Son intentos de dar sentido a lo que no entendemos. Formas de ponerle un marco al caos, de mantenernos en fila. Pero que algo esté ahí desde hace siglos no significa que tenga sentido o que sea inmutable. Al contrario, muchas veces se sostienen por inercia, miedo, o simplemente porque nadie se anima a patear el tablero.

Tomemos como ejemplo la religión. Crecer dentro de un sistema religioso es casi como vivir en un universo paralelo. Las reglas no están necesariamente basadas ni en evidencia, ni en observación directa, ni en realidad objetiva, sino en interpretaciones colectivas de textos escritos hace siglos, reescritos por generaciones, traducidos, editados y acomodados según conveniencia. Decís “soy cristiano”, pero ¿qué significa eso exactamente? ¿Católico? ¿Ortodoxo? ¿Evangélico? ¿Testigo de Jehová con anillo de luz y canal de YouTube?

Cada tribu religiosa cree tener la única verdad. Hoy existen más de 46. 000 ramas del cristianismo, y vos, sin haber leído ni el 1%, ya estás dispuesto a discutir o incluso pelear por una. En la historia no solo discutieron: se mataron. Literalmente.

Un ejemplo brutal: la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), un conflicto que dejó millones de muertos en Europa, comenzó por diferencias religiosas entre católicos y protestantes. ¿La chispa que encendió esa

masacre? Una diferencia teológica sobre la Eucaristía. Los católicos creían que el pan y el vino se transformaban literalmente en el cuerpo y la sangre de Cristo —sí, bastante caníbal la onda— mientras que los protestantes lo veían como un símbolo: consubstanciación. O sea, caníbal wannabe. Sí, esa diferencia —que hoy suena casi absurda— fue motivo suficiente para justificar torturas, ejecuciones, y masacres enteras.

Hubo casos en los que, como no se podía saber quién creía, los católicos ante la duda mataban a todos los que se les cruzaban. Por las dudas.

Lo más delirante es que estas ideas siguen vivas, aunque disfrazadas. El dogma no murió: solo cambió de ropa. Hoy no te matan por interpretar distinto un sacramento, pero sí te linchan por cuestionar lo establecido, sea político, económico o incluso científico.

La religión no es la única. Otro dogma, más moderno pero igual de rígido, se disfraza de neutralidad: la ciencia. El mismo fenómeno ocurre con la ciencia, que supuestamente es objetiva, racional, libre de ideología.

Spoiler: tampoco lo es.

A lo largo de la historia, la ciencia también se usó para justificar horrores. Racismo disfrazado de frenología. Eugenesia defendida con datos. Lobotomías aprobadas por comités médicos. Estudios financiados por intereses económicos y políticos. Hoy sigue pasando: te dicen qué comer, qué tomar, cómo vivir, basados en “evidencia científica” que mañana será refutada por otra evidencia científica. Y como en la religión, cuesta horrores cambiar las ideas principales, aunque digan lo contrario.

Y ahora la pregunta que no hacemos: ¿cuándo fue que empezamos a creer que todo esto era "lo normal"?

Lo que antes era sentido común —torturar en nombre de Dios— hoy es creer que tu valor como persona depende del dólar o de cuántos followers tenés en Instagram. Cambió el lenguaje, no la lógica.

Y después está el sistema económico. Un juego donde no conocés las reglas, pero igual estás obligado a jugar. Vivís endeudado, corriendo detrás de una zanahoria invisible que nunca vas a alcanzar, creyendo que si trabajás más, estudiás más o invertís mejor, vas a “ganar”. Pero no hay

ganar. Es un casino con traje. Y como todo buen casino, está diseñado para que vos pierdas.

¿No te parece raro que cualquier intento de salirse del molde se interprete como locura, fracaso o amenaza? ¿Por qué pensar diferente da tanto miedo?

Pensar no era rentable. Sobrevivir sí.

¿Será que es una forma de adaptación? Hasta hace no tanto, te mataban por decir lo que pensabas. En algunos lugares, todavía lo hacen. Quizás, en ese contexto, callar fue una estrategia de supervivencia.

Algunos científicos dicen que para que una mutación se consolide hacen falta miles de años. Y si eso es cierto, entonces tal vez esta costumbre de obedecer —de no mirar, de no preguntar— no es genética, sino cultural.

Pero funciona igual. Se transmite igual. Se instala en la crianza, en la escuela, en el trabajo. Te enseñan a sobrevivir, no a pensar.

Porque si la mayoría empieza a ver el juego, se termina la ilusión. Por eso el sistema castiga al que duda, al que pregunta, al que se corre de la fila. Porque una mente que cuestiona es una bomba molotov en una fábrica de obediencia.

Pero lo loco es que las reglas fueron escritas por humanos. Humanos con miedo, con poder, con intereses. Y si fueron escritas, pueden ser reescritas. No bajaron del cielo con rayos láser ni fueron programadas por una inteligencia superior. Fueron armadas por personas como vos y como yo. Solo que algunas tenían más poder. Y, seamos honestos: las pocas reglas que nos benefician a todos seguramente las impusimos con violencia.

Entonces, ¿qué hacemos con esto?

No te pido que rompas todo. Te pido que mires. Que observes. Que te preguntes. El primer acto de rebeldía no es gritar ni tirar piedras. Es mirar. Mirar de verdad. Entender que estás en un juego. Y si te animás, aprender a jugar distinto. O mejor: cambiar las reglas.

Como dijo Žižek: “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. Pero incluso esa frase ya viene cargada. No porque esté equivocada, sino porque ya parte desde adentro del mismo juego. Porque el problema no es solo el capitalismo. El problema es que todo lo que creemos real… ya es parte del sistema. Y si ni siquiera podemos imaginarlo, estamos condenados a repetirlo una y otra vez, como autómatas en loop.

No es solo culpa del sistema. Es también nuestra falta de imaginación.

Porque si no cuestionás las reglas, terminás jugando un juego que ni sabés quién armó.

Y spoiler: no lo armó pensando en vos.

Y sin darte cuenta. … terminás defendiéndolo como si lo hubieras inventado vos. O peor: como si defenderlo te hiciera parte del club. Y el club. … ni siquiera sabe que existís.

CAPÍTULO 2: CARA O SECA

Los humanos tenemos una extraña manía —o quizás una condena mental — de dividir todo en dos. Blanco o negro. Cielo o infierno. Perro o gato. Dios o ciencia. Blue pill o red pill. Bloods or Crips. Einstein o Bohrs. Como si el universo fuera un maldito partido de fútbol y nos tocara elegir equipo. “¿Sos del Barça o del Madrid?” No, hermano, no estamos hablando de fútbol. Pero parece que, al menos mentalmente, siempre necesitamos decidir de qué lado estamos para sentir que pertenecemos a algo y que el otro nos pueda poner en una caja.

Y acá aparece la verdadera pregunta: ¿no será esa necesidad de elegir lo que nos tiene en una prisión mental? Porque nos vendieron la idea de que solo hay dos formas de ver el mundo.

Por un lado, la religión te dice que todo tiene un sentido, un guion, un director, y un propósito divino que define qué hacés, por qué y para qué. Como si fuéramos personajes secundarios de una serie ya escrita. Ah, y si no seguís el guion, te espera el infierno. Todo mal, pero al menos hace calor y está lleno de leyendas del rock.

Por el otro lado, la ciencia —en su versión más seca— te dice que no hay nada. Que sos una casualidad, una metida de pata estadística del universo, un mono sofisticado que un día levantó la cabeza y se preguntó “¿qué carajo es todo esto?” ¡Felicidades! Tu propósito en la vida es… existir. Como una película de tan bajo presupuesto que no tiene director.

Y ahí estás vos, en el medio, tratando de no volverte loco entre dos extremos que te tironean. Pero ¿y si ambas están equivocadas? ¿O peor todavía, qué tal si ambas tienen razón, pero incompletamente? Ambas son estrategias para no mirar de frente al misterio. Las dos versiones son tan limitadas como pasillo de transporte público en hora pico, y todos actúan como si fueran la única opción. Lo complicado es que el campo de juego donde nos hacen elegir… tal vez ni siquiera existe. Es una ilusión. Una trampa cognitiva. Como la Matrix, pero sin peleas epicas, sin Morfeo, y con vos sin poderes, atrapado en Excel.

Pongámoslo así: si todo es azar, ¿qué pasa si el azar es en realidad el nuevo orden? Si no hay propósito, ¿y si la ausencia de propósito es el propósito? Porque eso es lo que no nos enseñaron a pensar: que tal vez todo esto sea una broma cósmica que se ríe en tu cara cada vez que intentás entenderla. Y vos, ahí, con tus preguntas existenciales, como un

chico tratando de resolver un cubo Rubik cuando sos daltónico, mientras el universo te mira y dice: “¿En serio pensás que esto tiene sentido?”

Y mientras tanto, seguimos atrapados en la dualidad: Dios o no Dios, alma o materia, Apple o Android. Como si el sistema operativo dijera algo sobre tu nivel de conciencia.

Y si no te convence el plano existencial, mirá el político. Izquierda o derecha. Progre o facho. Vacuna sí o vacuna no. Team Greta o team Elon. Cada tema se convierte en un test de lealtad tribal. No importa si tenés una idea propia, solo importa si elegiste “bando correcto”. Twitter es el coliseo. Vos sos el gladiador. Y la masa quiere sangre, no matices.

Pero el problema no es que haya dos posturas. El problema es que ya no se puede pensar sin elegir una. No podés mirar un fenómeno sin que te pregunten: “¿de qué lado estás?” Como si pensar fuera traicionar.

Y entonces, ¿cómo salimos de esta trampa? No hay atajos. La respuesta empieza por aceptar que la trampa existe. El primer paso para resolver un problema es identificarlo como tal. Después, hay que aprender a vivir con la incomodidad de no saber. En vez de buscar certezas, aprendé a respirar dentro de la duda. En vez de perseguir un “sí” o un “no”, aprendé a no saber y decirlo. Y no como una derrota, sino como un acto de libertad, con la frente en alto, con orgullo.

Quizás salir de la trampa no sea elegir un “tercer bando”, sino dejar de jugar con ese tablero. Hay gente que vive entre los márgenes, que no responde a las etiquetas. Que no cree en dioses ni en algoritmos, pero igual se levanta cada mañana buscando sentido. Gente que no necesita una guerra cultural para tener identidad. No son neutrales. No son tibios. Son lúcidos. Porque entendieron que cuando elegís entre dos ficciones… igual estás en una ficción.

Porque tal vez la verdad no está dentro de una caja, ni en una fórmula, ni en una iglesia. Tal vez se revela como un rollo de fotos revelado en un cuarto oscuro, de esos que ya casi nadie recuerda: lento, imperfecto, sin filtro. Tal vez no sea una línea recta. Tal vez sea un círculo. O una espiral. O algo tan alienígena que nuestro lenguaje humano nunca va a alcanzar para entenderla.

Capaz la verdad no es una respuesta, sino un estado. No se encuentra en el sí ni en el no, sino en el silencio que hay entre los dos. Ese lugar raro donde las palabras fallan, donde las ideas no encajan, donde el ego se queda sin bandera que defender. Ahí empieza algo nuevo. No una certeza, pero sí una libertad distinta. Más parecida a flotar que a ganar.

CAPÍTULO 3: CREER SIN ENTENDER

El estudio del universo se volvió una devoción moderna. Agujeros negros, supernovas, expansión infinita, materia oscura… la astrofísica es, para muchos, una nueva forma de expresar la fe. No lo decimos en voz alta, pero lo vivimos así. Para los que reniegan de la religión tradicional, la ciencia se convirtió en su credo. Un dios blanco, con bata de laboratorio y sin barba. Porque el dios viejo tenía barba. Este nuevo se afeita con datos. Que promete respuestas. Pero igual que antes, sus respuestas se aceptan con fe.

Y lo admito: entiendo poco. Para mí, las estrellas son luces en el cielo. Hermosas, lejanas, misteriosas. Lo visceral contra lo abstracto. ¿Cuántos pueden realmente seguir una ecuación de relatividad? ¿Visualizar la curvatura del espacio-tiempo? ¿Entender la danza cuántica de la materia oscura? ¿Mil personas? ¿Diez mil? ¿Quién puede seguir esas ecuaciones sin Google? El resto… creemos. Asentimos. Repetimos lo que nos dicen los que sí "saben". Como un rezo moderno: repetimos lo que creemos entender, esperando salvación en forma de certezas.

Nos dicen que las estrellas son gas comprimido, que el universo se expande. ¿Pero en qué se expande? ¿Y antes del Big Bang, qué había? Silencio. O poesía disfrazada de álgebra. O fórmulas tan abstractas que solo podemos aceptarlas por fe. Porque cuando no entendés pero creés… eso es religión.

El Big Bang es nuestro nuevo Génesis. Un instante inicial. Un punto sin antes. ¿Te suena? Le preguntás a un creyente qué había antes de Dios y te dice: "Nada. Dios siempre estuvo". Le preguntás a un físico qué había antes del Big Bang y te contesta algo muy parecido, tipo que no había tiempo. Y no es casualidad: la teoría fue formulada por Georges Lemaître, científico sí, pero también sacerdote. Y en todas las fotos que vi, vestido como tal. No con túnica metafórica: con sotana. No lo digo yo, lo dice el Google Imágenes.

Ojo, no estoy diciendo que la ciencia sea dogma. La ciencia es, en su esencia, cambio. Nos dio iPhones, deep fakes de presidentes bailando… y una generación que confunde notificaciones con amor. Y es broma, mis libros favoritos son los catálogos de la tienda de electrónicos. Pero muchas veces, se vende como verdad cerrada. Se olvida que sus teorías son mapas, no territorios. Y los mapas cambian. Entonces, ¿tiene sentido creer ciegamente en algo que, por definición, se está actualizando todo el tiempo?

La ciencia necesita fe, sí, pero de otro tipo. Fe en el método, en la evidencia, en la integridad de quienes la aplican. Pero cuando esa confianza se convierte en idolatría, cuando no se puede preguntar sin que te miren raro… el método se convierte en dogma. Y el laboratorio se vuelve templo.

Y ahí aparece otro síntoma: el culto a los científicos. Neil deGrasse Tyson, Stephen Hawking, Elon Musk —convertidos en rockstars del conocimiento. Citas sagradas, frases repetidas como si fueran versículos. Seguidores que los idolatran con la misma devoción con la que antes se le rezaba a un santo. ¿Qué diferencia hay entre colgar un póster de Tesla o uno de Jesús? Jesús era más sexy, y dicen que hasta inventó la mesa alta para que no le roben el trago.

Nos encanta creer que entendemos porque vimos un documental en Netflix. Pero lo que entendemos no es la ciencia, es su versión “para humanos”. Ciencia fast food. Menú infantil de física cuántica: sabrosa, masticable, sin riesgo de atragantarse con una paradoja. Nos explican la relatividad con una sábana y una bola de boliche, pero detrás hay cálculo tensorial, geometría no euclidiana, modelos imposibles de visualizar. ¿Cuánto se pierde en esa traducción?

¿Y cuánto de lo que creemos saber del universo es apenas una historia elegante, contada para que no nos atragantemos con lo real? ¿Estamos entendiendo, o simplemente aceptando lo más digerible?

Antes decíamos que el sol era un dios. Hoy decimos que es una bola de plasma en fusión nuclear. ¿Pero no sigue siendo lo mismo con otra estética? Una narrativa que nos da calma, un relato que organiza el caos. Cambiamos el altar por el observatorio, pero seguimos buscando consuelo en las alturas.

Miraba todos los documentales sobre el universo (Discovery, Netflix, lo que venga), y fingía que entendía algo. Después me di cuenta que en realidad lo hacía como quien escucha al sacerdote de turno improvisando en vivo (solo freestyle, tranqui). Y si te enojás, ya lo sé: el universo está basado en fórmulas y observaciones, y lo de la misa no. … Pero desde mi humilde posición de ignorancia es lo mismo.

Te parás una noche, mirás el cielo. Esa luz que ves viajó millones de años para que la veas ahora, justo en este segundo (whatever that means). Capaz esa estrella murió antes de que naciera tu especie. Y vos ahí, como si nada, scrolleando Instagram. ¿Eso no te parte la cabeza más que cualquier teoría cuántica?

No se trata de atacar la ciencia. Se trata de no repetir sin pensar. Porque el pensamiento crítico no se basa en memorizar teorías, sino en hacer preguntas. La ciencia avanzó porque alguien alguna vez dijo: “Esto no me cierra”.

Más allá de fórmulas y modelos, el universo sigue siendo un misterio brutal. Tal vez el verdadero valor de la astrofísica no esté en las respuestas, sino en recordarnos lo poco que sabemos. Parafraseando a Sócrates: “Solo sé que no sé nada”. Tal vez hoy habría que decir: “Solo sé que el universo es infinitamente más vasto de lo que jamás podré entender”.

Y ahí, en ese no entender, en ese abismo que ni la religión ni la ciencia logran explicar del todo, quizás habita la chispa más honesta de lo humano.

Porque si no entendemos el universo, al menos que sea por haberlo mirado sin anteojos prestados ni subtítulos simplificados.

CAPÍTULO 4: EL CULTO INVISIBLE (La religión sin templos)

Nos reímos de los cultos. Nos imaginamos túnicas, cánticos, líderes místicos, gente hipnotizada adorando a un tipo con barba que dice hablar con Dios o con extraterrestres. Y nos creemos a salvo. Porque tenemos títulos, acceso a internet, Google, sentido común. ¿Pero qué pasa cuando el culto no parece un culto? ¿Cuando no tiene himnos ni rituales raros, pero igual exige obediencia, castiga la duda y te premia por repetir sin cuestionar?

Ahí es donde se pone turbio.

La pandemia fue muchas cosas. Crisis sanitaria, sí. Pero también un experimento psicológico planetario. Y no estoy hablando de teorías locas ni negacionismos con gorrito de aluminio. Estoy hablando de observar el comportamiento humano. Porque más allá del virus, lo que se propagó con velocidad fue otra cosa: el miedo.

Y el miedo, bien gestionado, crea dogmas. Crea reglas que no necesitan lógica. Solo necesitan repetición.

Pensemos en esto: Podías entrar a un restaurante con mascarilla. Te sentabas. Te la sacabas. Charlabas, comías, tosías, lo que sea. Pero antes de todo eso, el mozo venía con un metro literal a medir que tu mesa estuviera lo suficientemente separada de las mesas vecinas. De silla a silla, como si el virus supiera de arquitectura. Y después de chequear eso, vos te la sacabas igual. Pero si te parabas para ir al baño, tenías que volver a ponértela. Como si el virus fuera un mayordomo educado: “No molesto mientras estén comiendo, buen provecho”. ¿No te parece insólito? ¿No te hace ruido?

Y sin embargo… todos lo hicimos. Algunos por convicción, otros —como yo— porque tenían hambre y cero ganas de cocinar. Sin chistar. Sin preguntar. Porque no estaba permitido preguntar. Preguntar era peligroso. Era “irresponsable”. “Anticientífico”. “Conspiranoico”.

La palabra “conspiranoico” se volvió una navaja. No para cortar ideas malas, sino para silenciar cualquier duda. Te colgaban esa etiqueta y listo: no podías hablar más. Te sacaban del juego. Y ojo, no estoy defendiendo a los que decían que la Tierra es plana o que el virus era una antena 5G con gripe. Estoy hablando de gente que simplemente quería preguntar cosas básicas. No hablo de teorías delirantes. Hablo de cómo, bajo presión, hasta lo razonable puede volverse religión si no se puede discutir. Como: – ¿Por qué hay contradicciones tan evidentes? – ¿Por qué los datos cambian cada semana, pero las reglas no? – ¿Por qué cuestionar una vacuna experimental me hace automáticamente un peligro público?

La respuesta no fue debate. Fue castigo. Censura. Ridiculización. Y eso, amigx, es exactamente cómo funciona un culto.

Un culto no necesita tener un dios. Basta con que tenga un relato sagrado. En este caso, el relato era: “Confiá en los expertos. Hacé lo que te dicen. No pienses demasiado.” Y los “expertos” se volvieron sacerdotes. Intocables. Infalibles. Si uno se contradecía, no importaba. Era el dogma el que mandaba. Como cuando en la religión te dicen que Jesús es Dios pero también su hijo pero también el Espíritu Santo y si no lo entendés es porque no tenés fe. Bueno, ahora te dicen que las vacunas no evitan el contagio pero igual tenés que ponértela “por responsabilidad social”. Y si no lo entendés, no importa: el problema sos vos. Falta de fe, de formación, de inteligencia.

Hoy mucha gente no busca información: busca confirmación. Cree que si algo aparece primero en Google o tiene más likes, debe ser más cierto. Como si el algoritmo fuera un rabino digital que te da su bendición con estrellas y thumbs up.

Todos los días, millones repiten los titulares del diario como si fueran el padrenuestro del día. Cambiaron las palabras, no la función. Hoy el rezo se llama “tendencia”.

El verdadero problema no fue el virus. Fue cómo renunciamos, sin darnos cuenta, a nuestra capacidad de pensar.

Porque en medio del caos, mucha gente inteligente eligió repetir en lugar de razonar. Eligió obedecer en lugar de preguntar. Y no por maldad —por miedo a quedar afuera. Porque en los cultos, el castigo más fuerte no es la muerte: es el exilio social.

Y lo peor de todo: esto no es nuevo.

Los regímenes totalitarios del siglo XX usaron el mismo método: – Miedo. – Una narrativa cerrada. – Un enemigo común. – Y una comunidad de fieles lista para señalar al que duda.

La única diferencia es que ahora se hace con hashtags, con slogans de campaña, con publicidades de YouTube que te dicen que “juntos vamos a salir adelante”. Pero el mecanismo es el mismo. Es un culto sin cruces, pero con logos. Sin biblias, pero con comunicados oficiales.

Hoy la misa no se da en iglesias. Se da en redes, en charlas de café, en newsletters con diseño minimalista. No la dirige un sacerdote, sino el miedo a pensar mal.

Y no te confundas: esto no es una apología al caos. No es “cada uno hace lo que quiere”. Es un pedido, urgente, de recuperar el músculo mental. Ese que permite pensar, incluso cuando hay miedo. Especialmente cuando hay miedo.

Porque cuando pensar se convierte en un crimen, vivir se convierte en obedecer.

Y si solo obedecemos, ¿en qué nos convertimos? En creyentes disfrazados de escépticos. En repetidores con títulos. En soldados de un culto invisible que no necesita templos, porque se instaló adentro de nuestras cabezas.

Si llegaste hasta acá y te incomodó algo —capaz te viste con la mascarita puesta solo en el auto y sentiste el palo— no cierres el libro todavía. Este capítulo no es una burla a quien tuvo miedo. Es un llamado a no repetir sin pensar. Alguien tiene que decirlo. Porque si no se puede discutir ni cuando el sentido común se ausenta, entonces lo vamos a repetir. Una y otra vez. Porque eso hace la historia cuando nadie la cuestiona.

Así que no, no te estoy diciendo qué pensar. Solo estoy pidiéndote que no dejes que piensen por vos.

Tal vez pensar hoy sea el último acto de herejía permitido. Lo único que aún no pueden regular ni monetizar del todo.

CAPÍTULO 5: WAKE UP, NEO

Es más fácil creer que el sistema —esa máquina sin alma— quiere lo mejor para vos. Más fácil pensar que si estudiás, trabajás, pagás impuestos, te reproducís y no hacés preguntas incómodas… todo va a estar bien. Que los de arriba tienen un plan pensando en vos, que la democracia es democracia, que la historia es lineal y que las elecciones cambian todo.

Eso es lo que pasa cuando tomás la píldora azul.

Seguís en la Matrix. Creyendo que tenés libertad porque podés elegir entre Coca y Pepsi. Entre izquierda y derecha. Entre “cuidar el planeta” o “defender el mercado”. Pero nunca entre ver el código o seguir el decorado.

¿Recordás lo que dijo Morfeo?

> La Matrix es un sistema, Neo. Y ese sistema es nuestro enemigo. Cuando estás dentro, ves a empresarios, políticos, maestros, curas, influencers. … Son parte del sistema. Y mientras lo sean, son tus enemigos. No porque sean malos. … sino porque están tan desesperadamente dependientes del sistema, que van a defenderlo aunque los mate.

Ahí está el miedo a despertar.

Porque una vez que lo hacés, ya no podés desver nada.

Una vez que notás que te ponías la mascarilla para ir al baño pero te la sacabas para comer… y nadie decía nada. Lo sé, ya lo mencioné, pero todavía no lo puedo creer. Una vez que entendés que el relato no es verdad: es programación. Una vez que te das cuenta de que las guerras, las crisis, las políticas. … no son errores: son características de fábrica del sistema.

Ya no podés volver a pensar en partidos políticos sin ver a los agentes Smith cambiando de cara. Ya no podés ver a los “expertos” sin recordar a Cypher, pidiendo volver a la ilusión con tal de no pensar más. Ya no podés mirar al cielo sin preguntarte si las estrellas también son parte del decorado.

Pero eso da miedo. Y el miedo paraliza. Y el sistema lo sabe.

Por eso te da “elecciones”: para que sientas que decidís, sin decidir nada. Te da izquierda y derecha. Apple o Android. Starbucks o café de especialidad. Pero no te da el poder de cambiar de máquina. Solo el de cambiarle la carcasa.

¿Querés saber qué es el sistema?

Es un loop. Una rueda. Una trampa cognitiva. Un ritual moderno en el que todos participan, desde los CEO con jets privados hasta el pibe que debate en Twitter desde el colectivo. Una estructura donde la “realidad” se define por consenso, por trending topic, por miedo a quedar afuera. Un culto sin túnicas, pero con Excel, tags, campañas y vacunas de fe.

El sistema es la idea de que hay un “afuera” cuando en realidad solo hay más código.

Y sí, claro que podés elegir no ver. Podés seguir hablando del último escándalo, del precio del dólar, de los impuestos, de la reforma. Podés defender tu ideología como un hincha de fútbol. Podés seguir la línea del partido, el algoritmo, el discurso. Y así te asegurás una cosa: pertenecer.

Porque eso es lo que más asusta: estar solo. Desconectado. Sin tribu. Pero pensalo bien: ¿qué clase de tribu es esa que solo te acepta si repetís lo que todos repiten?

Y ahora lo más jodido. No todos los que despiertan quieren liberarse. Cypher lo dijo claro mientras comía su bife en la Matrix:

> “La ignorancia es una bendición.”

Es más cómodo seguir durmiendo. Más fácil vivir en la mentira. Más “seguro” creer que no hay nada que hacer, que ya está todo dicho, que cuestionar es perder el tiempo.

Pero si estás leyendo esto, Neo, es porque ya viste algo. Ya tuviste esa incomodidad. Ya sabés que hay algo más allá del decorado. Y no importa si no sabés explicarlo todavía. No importa si tenés miedo.

Porque el primer paso no es entender. Es ver.

Y una vez que ves… Ya no hay vuelta atrás.

Y si te sentís medio dormido, no te preocupes. Yo también. Solo que a veces abro un ojo y me hago el distraído para no verlo todo.

No escribo esto porque esté despierto. Lo escribo porque a veces, en medio del sueño, algo me sacude. Y entonces escribo para no volverme a dormir del todo.

Porque si no escribo lo que veo, entonces sí me duermo del todo.

CAPÍTULO 6: DEMOCRACIA S. A

La democracia (o mejor dicho la idea de democracia) no llegó con besos y abrazos, ni empaquetada con un moño, no. Llegó por la presión de la gente, a puro grito, a pura revolución. Y no fue un camino fácil, ni suave. Fue un proceso largo y sangriento, de mucho sufrimiento. Nadie se la dio gratis a la gente. Si mirás la historia, vas a ver que la monarquía, esa que representaba el poder absoluto, no se fue porque el rey pensó que era buena idea ceder el control. No, se fue porque la gente se cansó y le cortó la cabeza. Literalmente. Luis XVI no entregó el poder por buena onda: lo entregó en bandeja. … de guillotina.

Y por si fuera poco, después vino Napoleón. O sea, sacamos al rey con sangre y sudor. … ¿y qué hicimos? Elegimos un emperador con sombrero extravagante y complejo de dios. Hermosa jugada, ¿no? Pero, ¿qué es lo que realmente pasó? Empezaron a vendernos la idea de que, en democracia, el pueblo tiene todo el poder. Nos dijeron que votar por alguien que decida por nosotros era suficiente, que eso garantizaba la libertad, que eso era la justicia. Pero en realidad, la democracia moderna, tal como la conocemos hoy, está llena de huecos.

No tenemos el control real. Las promesas de cambio son vacías, la corrupción está a la vuelta de cada esquina, y la “elección” que tenemos se limita a escoger entre opciones que no cambian el sistema. Al final, el poder sigue concentrado en las mismas manos.

Es como si te vendieran una casa nueva, fachada impecable, puertas automáticas, decoración de revista… pero adentro no hay cañerías, ni

electricidad, ni cimientos. Y cuando querés reclamar, te dicen: “Callate, vos la elegiste”.

La gente sigue votando porque le da sentido. Porque le da la ilusión de participar. Algunos votan por tradición familiar, otros porque odian al otro partido. Algunos votan por una promesa que les toca el bolsillo. O simplemente por no sentirse cómplices de no haber hecho nada. Es comprensible. Pero eso no lo hace menos trágico.

Y mientras tanto, los que realmente deciden no son elegidos por vos. No están en las boletas. No aparecen en las campañas. Se llaman lobbies.

El lobby es el punto ciego de esta “democracia moderna”, es literalmente una forma de soborno legal. Una forma de poder tan absurda, tan descaradamente antidemocrática, que si no existiera, pensaríamos que es un chiste de mal gusto. Pero no. Es legal. Está aceptado. Está regulado. Literalmente, es un sistema donde los que tienen más plata pueden pagar para moldear las leyes a su gusto. ¿Querés influir en una política pública? No juntes firmas: juntá millones. Así funciona.

¿Querés entender el nivel de ridiculez? Es como si fueras a juicio y el abogado del otro pudiera darle propina al juez. Como si los árbitros del mundial fueran contratados por el equipo que más camisetas vende. Como si un jugador de póker pudiera pagar para ver tus cartas. Pero no pasa en el póker. Pasa en el Congreso. Y nadie pestañea. Y lo peor: ni siquiera es ilegal. Está escrito. Firmado. Votado. Por vos.

En 2019, solo en Estados Unidos, se gastaron más de 3. 700 millones de dólares en lobbying. No es conspiración. Es dato público. Farmacéuticas, petroleras, tecnológicas, bancos. Todos tienen su sillón en la mesa. Y cuando el poder económico escribe las leyes, ¿qué margen queda para la voluntad popular?

Y no, no se trata de “elegir mejor”. No es cuestión de tener a “los buenos” en el Congreso. Porque el sistema está armado para que el que quiera jugar… tenga que rendirse ante los que realmente mandan. Nadie le da millones a un político sin pedir nada a cambio. Nadie invierte en influencia por deporte. La política se transformó (o siempre lo fue) en un mercado de favores con traje y corbata. Y nosotros… en espectadores aplaudiendo una obra que ya tiene final escrito.

¿Alguna vez votaste con esperanza y te diste cuenta, meses después, de que nada cambió?

¿Y qué pasa cuando tratás de participar más allá del voto? Te invitan a "participar" en audiencias públicas donde nadie escucha. A llenar encuestas cuyos resultados ya están escritos. A pedir permiso para pedir cambios. Todo está diseñado para darte la sensación de voz, sin ningún micrófono conectado. La democracia actual es como un juego de realidad virtual donde te hacen creer que tenés el joystick, pero los movimientos ya están pregrabados. Te dan botones para apretar, pero ningún botón cambia nada.

Es como cuando le das un control de la PlayStation apagado a un nene de cuatro años para que se sienta parte del juego mientras vos movés todo desde el otro mando. Él aprieta con fuerza, grita, se emociona. Cree que está ganando. Cree que está decidiendo. Y vos lo mirás a los ojos, le sonreís. … y le decís: "¡Muy bien!"

Así nos tienen. Entusiasmados. Inofensivos. Jugando en serio con un control que nunca estuvo cargado.

La democracia directa —la real— ya es técnicamente posible. Y no, no es un invento mío. Ya existe en lugares como Suiza o ciertas regiones de Europa, donde la gente puede votar leyes concretas sin intermediarios. Se llama así: democracia directa. No se elige a alguien "para que decida por vos", se decide. Punto.

Lo que yo planteo más adelante en este libro es una evolución de esa idea: una democracia directa digital, descentralizada, con voto por competencias. Pero la base ya existe. Lo que falta es llevarla al siguiente nivel.

Pero no solo no se hace, sino que el pueblo mismo no lo ve como una posibilidad, no se habla en las noticias. ¿Por qué? Porque dejar a la gente decidir de verdad es un riesgo para los que hoy manejan el juego. Entonces, se mantiene la estructura de siempre, pero con nuevas máscaras. Mismo truco, nuevo maquillaje.

Y mientras tanto, justificamos. Repetimos que “esto es lo mejor que tenemos”, que “hay que cuidar las instituciones”. Y sí, hay que cuidarlas… pero primero, habría que tenerlas.

Porque si le das poder a 50 monos para representar a 50 millones, lo lógico es que esos 50 terminen defendiendo lo que les conviene a los suyos y a los que les dan bananas y jugo de naranja. A ellos. A sus donantes. A sus sponsors invisibles. Y esto no es cinismo. Es estadística. Es psicología de cualquier mamífero que vive en grupos 101. Es historia. Se llama “captura regulatoria”, y lo estudian desde hace décadas. Y aún así, seguimos haciendo como si no existiera. Si mañana heredás 100 millones de dólares, ¿los vas a regalar a desconocidos porque es lo justo, o te vas a ocupar de vos mismo, tu familia, tus amigos y tu círculo?

Nos enseñaron tanto a agradecer el derecho a votar, que se nos olvidó exigir el derecho a decidir.

La democracia, en su forma ideal, debería ser fluida, directa y transparente. Debería reflejar el poder de la gente, no una ideología de turno, no el poder de unos pocos que deciden por todos. Pero para que eso pase, necesitamos dejar de aplaudir el decorado. Necesitamos dejar de repetir slogans. Y sobre todo: empezar a preguntarnos si esto, lo que tenemos hoy… es realmente lo que nos prometieron.

Votar no es decidir. Votar es delegar. Decidir es otra cosa. Decidir es tener el control, no aplaudir al que lo tiene.

Tal vez la democracia real no murió. Tal vez nunca nació. Solo se maquilló lo justo para parecer viva. Y mientras el pueblo duerme abrazado a su boleta, el poder sigue firmando decretos en nombre de una libertad que nunca fue suya.

CAPÍTULO 7: EL VOTO Y EL ESPEJO

La idea de la democracia, tal como la conocemos hoy, no está colapsando por falta de tecnología o recursos. Está colapsando porque está secuestrada por el ego. Por ese impulso invisible que atraviesa todo: las instituciones, los líderes… y también a cada uno de nosotros.

El ego no es un defecto aislado. Es un sistema de defensa. De identidad. De poder. Es lo que nos hace buscar validación, tener razón, quedar bien, pertenecer. Y el sistema lo sabe. Lo usa. Lo alimenta. Y a través de ese ego, nos manipula a todos. También es una herramienta de supervivencia. Si no tuviéramos ego, seguiríamos pidiendo permiso para cruzar la calle o explicando por qué merecemos existir. El ego nos dio voz, pero también nos tapó los oídos.

Los políticos no son una excepción. Son personas comunes, pero con egos hipertrofiados por una estructura que los premia por mentir bien, por caer bien, por vender una imagen. No representan al pueblo: representan a su partido, a sus sponsors, a su necesidad de seguir ahí. Y cuanto más suben, más se refuerzan sus egos. Hasta que ya no escuchan nada. Ni al pueblo, ni al sentido común, ni a la realidad. Solo escuchan el eco de su propio nombre rebotando en la burbuja.

Pero tampoco se trata solo de ellos. También nosotros votamos con ego. Votamos con bronca, con miedo, por pertenecer, por tradición, por no quedar como “el que no vota”. Votamos con la ilusión de que estamos haciendo algo. O votamos porque nos prometen un beneficio directo: un subsidio, una baja de impuestos, un aumento, algo que toque nuestro bolsillo antes que nuestra conciencia. El resultado es el mismo: una masa con poder simbólico, sin control real.

El ego crea bandos. Nos hace defender ideas como si fueran camisetas. Peleamos por ideologías como si nos fueran a canonizar. Como si discutir en Twitter fuera un sacramento. Aunque no entendamos ni sus bases. Y así seguimos, atrapados en un juego donde nadie quiere bajarse porque admitir que el sistema —y todas sus ideologías de turno— no funcionan sería una herida al orgullo. Una humillación. Una pérdida de identidad.

¿Querés un ejemplo? En 2009, Obama dijo que había que frenar la inmigración ilegal y fortalecer las fronteras. Y no pasó nada. En 2016, Trump dijo lo mismo y fue acusado de fascista, xenófobo y Hitler con peluquín. No es una defensa a Trump —si fuera tan diferente a sus enemigos, no estaría en el mismo sillón que ellos—. Es una muestra de que lo que molesta no es la idea, es quién la dice.

La política hoy no es un debate de ideas: es una guerra de egos. Una competencia a ver quién puede indignarse más fuerte. Y el sistema, mientras tanto, agradecido.

Y en esa trampa está todo montado: el lobby, el show político, la democracia de papel. Un escenario donde se actúa participación, pero se vive sumisión. Porque los que deciden no son los que elegimos, y los que votamos no decidimos nada.

¿Y si el sistema no cambia… porque en el fondo no queremos que cambie? ¿Porque nosotros mismos no queremos cambiar? ¿Porque el sistema nos refleja más de lo que nos gustaría admitir?

Este capítulo no es un juicio. Es un espejo sin maquillaje. Una invitación a raspar la superficie. A ver las capas. A entender cómo incluso las mejores ideas pueden ser secuestradas por la vanidad, el miedo, la costumbre. Y cómo eso mantiene vivo un modelo que no responde a nadie… excepto a sí mismo.

¿Y si cambiamos el modelo? ¿Y si saltamos las capas del ego político? ¿Y si eliminamos los intermediarios —una de las mejores funciones de internet— y hacemos que las personas tengan el poder de decidir, directamente, sin filtro? ¿Y si en lugar de elegir entre opciones cerradas, abrimos la posibilidad de crear las nuestras?

Eso es lo que viene. Pero para que llegue, primero hay que desnudarse de certezas. De banderas. De ideologías. De ego.

Porque ningún sistema cambia sin que antes cambie la forma de pensarse a uno mismo.

CAPÍTULO 8: EL PRECIO DEL SILENCIO

Nos gusta pensar que somos el punto más alto de la historia. Que vivimos en la era de la tecnología, de los derechos, de la democracia, de la libertad. Pero la verdad es más sucia, más violenta, más incómoda. No salimos de la caverna: solo le pusimos Wi-Fi. Antes el verdugo blandía la espada; hoy viste traje, aprieta teclas y firma decretos. Antes se mataba por religión; hoy por litio. Antes se esclavizaba a la vista; hoy se terceriza, se externaliza, se esconde detrás de cadenas de suministro y nombres corporativos.

Si querés ver el verdadero rostro del presente, mirá los datos que nadie quiere mirar: más de 40 millones de personas viven en condiciones de esclavitud moderna, según la Organización Internacional del Trabajo. Cada año se desperdician 931 millones de toneladas de comida, mientras 800 millones de personas pasan hambre. El 1% más rico del planeta posee más del doble de la riqueza que el resto de los 6. 900 millones de seres humanos juntos, según Oxfam. Más de 10. 000 niños mueren todos los días por causas evitables. Estados Unidos gasta 877 mil millones de dólares por año en “defensa”, mientras sus hospitales públicos colapsan por falta de recursos y se llaman a ellos mismos el mejor país del mundo.

Y en este escenario nos siguen vendiendo la idea de que vivimos en democracia. Pero, ¿sabés a dónde van tus impuestos? ¿Viste alguna vez un recibo detallado, una factura que te diga qué parte de tu esfuerzo se va a educación, qué parte a salud, qué parte a armas o a espionaje? No. Porque no te lo dan. Pagás sin saber a quién. Sin preguntar. Sin cuestionar. Y cada pago es una firma invisible en el contrato de la barbarie. Ese dinero alimenta guerras, espionaje, corrupción, sueldos de burócratas intocables y deudas eternas. Financiás la OTAN, misiles hipersónicos, campos de refugiados que se parecen cada vez más a cárceles. Financiás dictaduras disfrazadas de socios estratégicos, y ni siquiera lo sabés. O peor: no querés saberlo.

¿Sabías que China es el mayor acreedor extranjero de la deuda de Estados Unidos?

El supuesto enemigo del “mundo libre” es quien le presta la plata al superhéroe de la democracia. El comunismo sostiene al capitalismo como si fueran actores de una obra que se odian en escena, pero detrás del telón se abrazan, se felicitan, se reparten la taquilla. Se dan regalos, comen caviar, brindan con vino francés y —aunque no lo veas en los diarios— probablemente terminen en la misma suite de hotel, riéndose de lo fácil que es manipular al público. No es literal. Es peor: es simbólico. Es la farsa perfecta. La lucha fingida que justifica presupuestos, alianzas, misiles, censuras y guerras que vos financiás sin saberlo.

Es como si el dealer bancara la rehabilitación. Es como si el cura le pagara la campaña al demonio. Es como si tu ex te financiara la luna de miel con la nueva. Es como si un guardia nazi le vendiera armas al campo enemigo… y después volviera a su puesto. Es como si el Joker le financiara la cueva a Batman… y cobrara intereses por mes.

Y vos, en el medio, pagando todo. Con tu tasa municipal. Con tu compra en Amazon. Con cada swipe en la tarjeta. Namasté.

Hablamos de “libre mercado”, pero siempre elegimos entre las mismas diez marcas controladas por tres megacorporaciones. Hablamos de “soberanía”, pero no podés plantar sin un permiso, ni pescar sin pagarle al Estado. Hablamos de “igualdad”, pero aceptamos sin chistar que un CEO gane en un día lo que un obrero no ganará ni en veinte años.

¿Y qué hay de la industria cárnica? No, no es una crítica al asado en familia. Es una crítica a esto: más de 70 mil millones de animales son sacrificados cada año en granjas industriales, la mayoría sin haber visto nunca la luz del sol, sin espacio para moverse, alimentados con antibióticos que después generan superbacterias en humanos. Un tercio del grano cultivado en el planeta es usado para engordar esos animales, mientras millones de personas se mueren de hambre. No es tradición: es eficiencia al servicio de la crueldad. Es Auschwitz con branding. Y vos lo financiás. Con tus impuestos, con tus tarjetas, con tu silencio.

¿Querés otro ejemplo? En la República Democrática del Congo, hay niños de siete años que extraen coltán con las manos, sin protección,

respirando polvo y muerte para que tu celular tenga batería. Ese coltán va a China, China lo transforma, Apple lo vende, vos lo comprás. Y decís que amás la vida, que estás “conectado con el mundo”, que sos buena persona. Señalamos con horror a los nazis como si fueran anomalías de la historia, monstruos únicos. Pero, ¿qué hacemos nosotros hoy? Bombardeamos hospitales en Siria, encerramos niños en jaulas en la frontera de Estados Unidos, vendemos armas a Arabia Saudita que después revienta escuelas en Yemen.

Y mientras tanto, nos sacamos selfies con filtros de arcoíris. Firmamos peticiones online. Compartimos frases de Mandela y Gandhi como si fueran stickers espirituales, ignorando que Mandela estuvo en listas de terroristas hasta 2008 y que Gandhi abandonó a su esposa moribunda para no romper un ayuno espiritual. El pasado está manchado, sí, pero el presente también sangra. Somos hijos de conquistadores, nietos de colonizadores, y vivimos en un mundo donde casi todo lo que consumimos es barato porque está construido sobre sufrimiento ajeno.

¿De verdad pensás que no sos parte? Pagás impuestos, pagás productos, pagás servicios. Pagás sin saber a quién. Pagás sin preguntar. Y mientras no hagas preguntas, seguís firmando un contrato implícito: que preferís no saber, que mientras no te toquen a vos, pueden destruir lo que quieran. Ese es el verdadero rostro de la civilización moderna: un pacto silencioso con la barbarie. Un contrato en el que vos decís “acepto” cada vez que hacés clic, cada vez que votás sin conciencia, cada vez que mirás para otro lado.

Seguimos así, con luces de neón sobre campos de exterminio, con música pop tapando gritos lejanos, con promesas de futuro mientras cavamos nuestra propia tumba. Y algún día, cuando la historia nos mire, no dirá que fuimos sabios, ni justos, ni iluminados. Probablemente diga: “Tuvieron todo para ser dioses. Y eligieron contar cadáveres… y llamarlos ‘daño colateral… con sonrisa de influencer y playlist de Spotify.”

CAPÍTULO 9: LA TECNOLOGÍA DE HOY

Vivimos en un mundo donde podés escanear tu cara para pagar un café, pedir un dron que te traiga sushi, crear una versión digital de vos que hable cinco idiomas… y todo eso desde un celular. Tenés en el bolsillo un aparato capaz de procesar millones de datos por segundo… y lo usás para googlear si los gatos pueden comer palta. O para ver si tu ex ya subió foto con alguien más.

Podés convertir tu cara en un perro con lengua animada en tiempo real, pero no podés destituir a un diputado que duerme en el Congreso.

Y sin embargo, cuando se trata de gobernarnos, seguimos usando el mismo modelo que inventaron tipos con peluca y pluma en el siglo XVIII.

La tecnología cambió todo, menos la política. Seguimos votando cada cuatro años, delegando todas las decisiones en personas que no conocemos, que no rinden cuentas, y que viven en una burbuja separada del mundo real. Seguimos actuando como si necesitáramos intermediarios para todo, como si no existieran alternativas. Pero existen. Y están al alcance.

Tomemos como ejemplo blockchain. Una tecnología pensada para hacer registros inmutables, transparentes, y descentralizados. ¿Qué pasaría si el voto funcionara así? Un sistema donde cada voto quede registrado, nadie pueda modificarlo, y cualquiera pueda verificar que fue contado. Pero sin saber a quién votaste. Transparencia con privacidad. Una democracia de verdad.

O mirá lo que ya pasa en Estonia: los ciudadanos pueden votar desde su casa, con un sistema digital seguro. No cada cuatro años: cuando haga falta. Si una república de un millón de personas puede, ¿por qué no puede un país de 45 millones? ¿Por qué no el mundo entero? Y no les explotó el país por votar más seguido.

La inteligencia artificial puede ayudarnos a leer y entender proyectos de ley en lenguaje humano, señalar intereses ocultos, mostrar consecuencias

previsibles. Puede detectar si una ley favorece a una empresa específica o si el redactor trabaja para un fondo buitre. Y si no entendés cómo te lo dice, le podés pedir que te lo explique como a un nene de 4 años. Y lo hace. Con dibujitos si hace falta. Hasta con vocecita dulce, si eso ayuda.

Las redes sociales, tan denostadas, prueban algo clave: millones de personas pueden interactuar al mismo tiempo. Si se usaran bien —sin algoritmos diseñados para el odio o para hacer sentir feas e inseguras a chicas adolescentes (y no solo adolescentes)— podrían ser espacios reales de debate, donde las ideas se validen por su fuerza, no por el cargo del que las propone. La plaza pública existe. Solo hay que bajarle el volumen al algoritmo.

La transparencia total también es posible. Cada gasto público podría estar online, trazable, con nombre y apellido. Cada contrato, cada adjudicación, cada presupuesto. La corrupción no sobrevive a la luz, igual que las cucarachas.

Y sí, claro que hay desafíos: brecha digital, seguridad, manipulación algorítmica. Pero esos problemas son técnicos. Tienen solución. Lo que no tiene solución —porque no quiere tenerla— es la resistencia de los que se benefician del sistema actual. De los que manejan todo desde arriba y temen que el poder baje al llano.

Porque un sistema así no necesita políticos en el sentido clásico. No necesita lobby. No necesita rosca. Solo necesita una cosa: voluntad ciudadana.

Y ahí es donde entra la Democracia Digital Directa.

Una nueva forma de organización democrática. Directa, descentralizada, abierta. Sin intermediarios, sin títeres, sin estructuras que se alimentan del conflicto. Una red de decisiones colectivas que puede adaptarse, actualizarse, mutar con el tiempo y el contexto.

No se trata de digitalizar la democracia vieja. Se trata de reinventarla. De soltar el pasado, dejar de jugar con reglas rotas, y empezar a escribir las

nuestras. Con nuevas herramientas. Con nuevas lógicas. Y sobre todo, con otra ética.

La tecnología no es salvación. Pero es una herramienta. Y como toda herramienta, puede usarse para liberar. … o para controlar.

Hoy, la están usando para controlarte.

La pregunta es: ¿Vas a dejar que la usen contra vos? ¿O vas a agarrarla con tus propias manos y empezar a construir algo distinto?

No es una revolución con banderas. Es con clics. Es con conciencia.

CAPÍTULO 10: DEMOCRACIA DIGITAL DIRECTA (DDD)(Poder Sin Intermediarios)

La democracia, en su estado más puro, es simple: el pueblo decide lo que va a pasar. Ni más, ni menos. No hay intermediarios, ni filtros, ni excusas. La voluntad colectiva se convierte en acción concreta. Pero lo que hoy llamamos democracia está lejos de esa idea. Lo que tenemos es una versión distorsionada, maquillada, controlada desde arriba. Una simulación de poder popular que, en realidad, mantiene el control en manos de unos pocos.

La mayoría de las estructuras democráticas actuales son solo una mejora cosmética de lo que antes eran monarquías. Cambiaron las coronas por trajes y urnas, pero el poder sigue estando concentrado. Votamos cada tanto, sí, pero esas elecciones no cambian las reglas del juego: solo las legitiman. El modelo ya está diseñado para que todo siga igual, con los mismos nombres y los mismos intereses tomando las decisiones.

Le das más datos a Spotify para elegir tu próxima canción que al Estado para decidir tu futuro. Así de absurdo es.

Ahora bien, ¿por qué seguimos votando? Por costumbre. Por miedo. Por bronca. Por tradición. Porque se siente como hacer algo. Pero en la práctica, legitimamos una forma de gobierno que ya no nos representa. Encima, el voto es anónimo. ¿Por qué? Para evitar que el sistema tenga que rendir cuentas. Antes te perseguían por a quién votabas; hoy el anonimato protege más al poder que al ciudadano. Nos desconecta de la responsabilidad. De las consecuencias.

Pero, ¿y si te dijera que no hace falta todo esto? ¿Y si te dijera que no necesitamos políticos, ni lobbys, ni un aparato centralizado para tomar decisiones? Aquí es donde entra la Democracia Digital Directa.

Una nueva forma de organización política. Directa. Descentralizada. Abierta. Sin intermediarios. Sin títeres. Sin estructuras que se alimentan del conflicto. Sin ideologías fijas. Sin líneas partidarias. Solo acción colectiva, informada y consciente.

¿Y cómo funciona?

No todas las personas pueden decidir sobre todos los temas —igual que no cualquiera puede manejar un avión o una topadora. En la Democracia Digital Directa, el voto es especializado. Como una licencia. Las leyes se dividen por categorías: economía, salud, energía, derechos civiles. Para cada categoría, existe un examen público —una serie de preguntas básicas para demostrar que entendés de qué se trata. Si lo pasás, ganás el derecho a votar sobre ese tipo de leyes. Cuanto más estudiás, más poder desbloqueás.

Conocimiento = influencia. Democracia con volante, no con bocina.

Es como pasar de elegir entre dos menús fijos… a cocinar vos mismo con los mejores ingredientes.

Pero no todo es técnico. Algunas decisiones son sobre caminar. Sobre identidad. Sobre dignidad. Sobre si dos personas pueden casarse. Sobre si alguien puede morir con dignidad. Sobre si una mujer puede decidir sobre su cuerpo. Para eso no necesitás licencia. Solo humanidad. Son calles que todos caminamos. Vota todo el mundo. Sin filtro. Sin examen. Solo conciencia.

Esto hace que el modelo sea más justo, más consciente, y más resistente a la manipulación. Porque quien vota lo hace sabiendo. Y quien no sabe, puede aprender. No es exclusión: es evolución.

No se trata de confiar en políticos. Se trata de confiar en el proceso. Y de poder auditarlo.

Al descentralizar el poder, la Democracia Digital Directa elimina la razón de existir del lobby. Ya no hay representantes a los que sobornar. No hay despachos oscuros. No hay manos que se estrechan tras puertas cerradas. Las leyes nacen en público. Se debaten en público. Se votan en público. Y vos no sos espectador. Sos participante.

¿Y el dinero? Funciona distinto. No hay sueldos fijos. No hay bancas eternas. Cada persona que participa recibe una compensación simbólica por cada votación. Lo suficiente para decir "gracias". No lo suficiente como para convertir la política en una carrera. No hay políticos de carrera. Solo ciudadanos activos.

Y sí —es posible. Ya usamos la tecnología para todo: bancos, compras, mapas, citas. Blockchain puede asegurar cada voto. La inteligencia artificial puede traducir leyes a lenguaje humano, detectar intereses ocultos, señalar conflictos de interés. Todo lo que hoy se esconde, mañana puede estar expuesto.

¿Es perfecto? No. Pero está mucho más cerca de lo que la democracia prometía ser.

Un sistema que se actualiza. Que muta. Que refleja a las personas que representa. No un museo de élites empolvadas. No un sketch de dos partidos que se pelean para entretenerte. Una red de humanos conscientes, informados, decidiendo juntos su futuro.

¿Es este el futuro? Tal vez.

Pero si no lo imaginamos, si no lo debatimos, si no lo deseamos con furia y con claridad. … nunca va a llegar.

Todo empieza con una idea.

Y esta… ya tiene nombre.

Ya tiene pulso.

Y no está esperando permiso.

CAPÍTULO 11: PERO, PERO, PERO (Manual de excusas para no cambiar nada)

Te planteás un sistema más justo, más distribuido, sin corrupción directa, sin cenas de gala ni trajes caros. Un sistema donde la gente participe, estudie, vote leyes específicas, y que no te gobiernen actores pagados con lobby y promesas vacías. ¿Y qué pasa?

Todos te miran con cara de “sí, pero…”

“Pero la gente es ignorante.” Por favor. Confío mil veces más en mil ignorantes que en un político pagado por el lobby. Al menos los ignorantes no te venden con una sonrisa. “Pero ¿quién va a querer estudiar para votar?” Para empezar, los mismos que hoy compran el diario, leen la sección de política y se quejan de que las cosas no son como quieren. Y si no quieren estudiar, perfecto: no votan sobre eso. Simple.

“Pero eso sería muy lento.” ¿Lento? ¿Más lento que ahora? ¿Con elecciones cada 4 años, campañas eternas, meses de transición, y leyes que duermen años en comisiones? No habría elecciones. No habría campañas. Solo decisiones. Sería veinte veces más rápido. Más lento que esto… es físicamente imposible.

“Pero se puede hackear.” ¿Y el sistema actual no? ¿Los sobres de papel metidos en cajas plásticas y contados por humanos con sueño son tecnología alienígena? ¿Esas cajas mágicas que viajan solas a centros de cómputo y a veces desaparecen? Dale. Un sistema en blockchain es mil veces más seguro. El problema nunca fue la tecnología: fue quién la controla.

“Pero el sistema no lo va a permitir.” Exacto. Por eso hay que dejar de pedirle permiso. Cambiar el sistema no empieza con un formulario: empieza con una decisión interna.

El otro día hablaba con un francés que hacía documentales sobre política. Muy comprometido, muy antifascista, muy convencido de que la izquierda es la única salvación del mundo. Le conté todo esto, tranquilo, paso por paso. Me escuchó, me dijo que era brillante, que sonaba bien. Y después me tiró:

“Sí, pero en momentos como este se necesita mano dura.” “¿Viste lo que están haciendo Trump y Putin?”, me dijo. “En tiempos así, hace falta orden.”

¿Mano dura? ¿Y quién te la va a dar? ¿Obama con sus drones humanitarios? ¿Macron con su sonrisa republicana y sus chalecos amarillos reventados a palazos? ¿O Trudeau, que congela cuentas

bancarias de manifestantes mientras te dice “merci” en cuarenta pronombres distintos?

Porque justamente en momentos como este no se necesita más autoridad pintada de colores, ni represión con lenguaje inclusivo. Se necesita algo honesto, algo descentralizado, algo que no se pueda comprar con un puto vino caro o una amenaza con guante blanco.

¿Te creés realmente que un político es intelectualmente superior a vos? ¿Que porque estudió en Harvard o habla bien en cámara, ya está capacitado para decidir sobre tu vida más que vos mismo? ¿Que su interés es que vos y tu familia estén bien? Dale.

Y vos sabés lo que hacen cuando se apaga la cámara. No te hagas el inocente.

Se drogan. Se cogen prostitutas. Se cogen prostitutos también. Algunos con consentimiento. Otros con poder. Y otros… con menores. Sí, menores. ¿Te suena un tal Epstein? ¿Te suena su isla? ¿Te suena la lista de nombres que nunca quisieron mostrarte?

Firman contratos con mafias, lavan guita con fundaciones, se llenan los bolsillos mientras te piden “sacrificios”. Te dicen que “no hay plata”. A la noche se bajan tres botellas de vino de 500 euros cada una en una cena con banqueros que compraron medio país. Y al día siguiente, se ponen el traje, se peinan, se empolvan la cara. Te hablan de ética, de valores, de orden —leído de un discurso que no solo es un freestyle de nonsense, sino que ni siquiera lo escribieron ellos.

Con la voz firme. Con la mirada limpia. Y con tu voto en el bolsillo. And rinse and repeat forever.

La gente se queja del sistema todo el tiempo, pero cuando les mostrás una salida real, se asustan. Es como si en el fondo no quisieran ser libres del todo, porque ser libre es tener que pensar, que informarte, que tomar decisiones. Y lo más pesado, ser responsable por tus actos.

Y ojo, no estoy diciendo que el sistema que propongo sea perfecto. No lo es. Pero es mejor que esto, de cualquier manera que lo mires. Es más justo, más transparente, más participativo.

Y sin embargo, todos lo rechazan de forma casi visceral. Como si dijeras algo obsceno.

Entonces uno se empieza a preguntar:

¿Tanto odian a los políticos… o en el fondo los aman? ¿Los odian… o les calienta que alguien se haga cargo por ellos, así después cualquier cosa también les pueden echar la culpa? ¿Es que no confían en el pueblo… o no confían en sí mismos?

Porque la verdad es que vivimos pidiendo cambio, pero odiamos la responsabilidad. Y la democracia directa, descentralizada, sin lobby ni padrinos políticos, te da más poder… pero también te obliga a usarlo. No es que la juventud no crea en la política. Es que ya la entendió demasiado bien.

Y eso, querido, no todos están listos para bancárselo.

Y si todavía te estás preguntando “pero esto nunca va a pasar”, te entiendo. De verdad. El sistema actual está blindado, sí. Y quienes están arriba no van a entregar el poder con una sonrisa.

Pero esto no es una utopía: es una propuesta concreta, diseñada no para ser perfecta, sino para ser mejor. No hablo de caos. Hablo de un sistema donde las decisiones no se delegan: se toman.

Y si algún día queremos cambiar algo de verdad, vamos a tener que dejar de pedir permiso.

Y si no me creés… preguntale a los franceses cómo se terminó la monarquía. O mejor, preguntale al rey Luis. Si encontrás la cabeza.

CAPÍTULO 12: EL MUNDO PERFECTO QUE NOS CREARON

Cuando éramos chicos nos contaban una historia. Si te portabas bien, Papá Noel te traía regalos. Y si eras malo… bueno, no había regalos. Había decepción, culpa, silencio. Así que al menos cuando la Navidad se acercaba, intentabas lo mejor para hacer buena letra. ¿Y cuando te diste cuenta de que Papá Noel no existía? El primer reflejo era: “Ok, pero… los Reyes Magos sí existen, ¿no?” Porque no soportás que se caiga todo. Necesitás creer en algo. Aunque sea otra mentira.

Y si se te ocurría decirlo en voz alta frente a otros chicos, te convertías en el villano. El que arruinaba la magia. Incluso los adultos te miraban mal. Porque el problema nunca fue que fuera mentira. El problema es que no se puede decir la verdad en voz alta.

Después crecimos. Y ahora el nuevo Papá Noel se llama Estado. Gobierno. Democracia. Nos dicen: “Si obedecés, si hacés lo correcto, si escribís la

carta, firmás los papeles necesarios, hacés fila o sacás turno en línea, pagás los impuestos, las boletas a tiempo… el sistema va a cuidar de vos". Sos un ciudadano que se porta bien. Un nuevo cuento de hadas para adultos. Un sistema que promete estabilidad a cambio de sumisión, regalos a cambio de silencio. Como dice Louis CK: "Todo es increíble y nadie está feliz."

Nos educaron para esperar algo que nunca llega. Para vivir como si fuésemos importantes, cuando ya ni siquiera somos necesarios. Antes éramos fuerza de trabajo. Ahora somos fuerza de consumo. Y ni siquiera consumimos lo suficiente.

La inteligencia artificial, los algoritmos, las máquinas… ellos sí están haciendo el trabajo. Nosotros seguimos respirando para que las estadísticas no se vacíen. Nuestros últimos movimientos son comida para lenguajes neuronales. Cada clic, cada mensaje, cada búsqueda es una clase magistral que le damos gratis a una inteligencia que pronto hará lo que nosotros hacemos… pero mil veces mejor. Sin quejarse. Sin horario de no trabajo. Sin fines de semana. Sin vacaciones. Sin sindicato. Sin cansancio. Sin reclamar derechos laborales. Le enseñamos todo, sin darnos cuenta. Le dimos nuestro lenguaje, nuestros hábitos, nuestras pasiones y nuestras rutinas. Y ahora que aprendió, ya no nos necesita. Somos como las vacas que ya no dan leche. Están ahí, comen, respiran… pero nadie las necesita.

Y lo más triste es que lo sabemos. En el fondo, lo sabemos. Pero igual nos repetimos: "No pasa nada. Todo va a estar bien. El gobierno está al tanto. Papá Noel está en camino." Nadie quiere ser el que arruina la magia. Nadie quiere ser el que le diga al otro que está solo.

Y eso es lo que hicieron con nosotros. Nos mintieron. Nos dijeron que si hacíamos todo bien, el mundo iba a funcionar. Que si íbamos a la escuela, si votábamos, si éramos buenos ciudadanos, íbamos a estar bien.

¿Y sabés qué? No es cierto. Nunca lo fue.

El sistema que te promete salvarte, ya no tiene lugar para vos. Y mientras vos esperás a que alguien te rescate… la máquina ya aprendió a funcionar sin vos.

Papá Noel no viene. Los Reyes tampoco. Y el Chapulín Colorado… ese hijo de puta ni siquiera existe. Como diría Louis CK: “¿Qué pasa después de que te morís? Pasa de todo. Solo que ya no te incluye.”

Despertá. O quedate esperando el regalo que nunca fue para vos.

Pero si llegaste hasta acá, si algo de todo esto te hizo ruido, te incomodó, te dolió… entonces tal vez, solo tal vez, no estás tan dormido como ellos quisieran.

Y eso, aunque no lo parezca, ya es un comienzo.

No soy bueno cerrando capítulos. Nunca lo fui. Siempre me dio por expandir, por abrir más preguntas, por ir más allá. Pero esta vez, te dejo una sola pregunta final:

¿Preferís una vida cómoda en una mentira…

o una vida incómoda en la verdad?

Y si ya te parezco un loco, te entiendo. Pero te digo algo:

Cuando los locos seamos mayoría…

los locos van a ser ustedes.

Quizás —solo quizás—

cuando uno de nosotros despierte del todo…

nos despertemos todos.

Continuará. ...

EPÍLOGO: EL PRECIO DE PENSAR

Llegaste al final.

Y eso ya dice algo.

Algo dentro tuyo no quiso seguir anestesiado.

No quiso seguir scrolleando.

No quiso morirse callado.

Bien.

Pero ojo con esto:

Pensar tiene un precio.

Te va a costar comodidad.

Te va a costar pertenencia.

Te va a costar algunas charlas.

Te va a costar la ilusión de que alguien más lo va a arreglar todo.

Puede costarte amistades, aplausos, trabajos.

A veces, te cuesta la paz mental.

Y a veces… tu lugar en la tribu.

Pero no pensar…

eso sí que te cuesta todo.

Porque este mundo que ves no lo construyeron dioses ni genios.

Lo construyó gente que obedeció.

Que repitió.

Gente que no quiso pagar el precio de pensar.

Así que si algo dentro tuyo se abrió —aunque sea un poco—

no corras a taparlo.

Quedate ahí.

Sentí el ruido.

Dejalo que te moldee.

Y después decidí:

¿Vas a pagar el precio?

Porque si no lo hacés vos…

alguien más lo va a pagar por vos.

Como Jesús, que pagó por tus pecados...

solo que esta vez, nadie va a resucitar al tercer día.

Y no va a haber redención. Solo reinicio.

Nota sobre citas y referencias

Algunas frases, ideas o fragmentos presentes en este libro provienen de obras culturales reconocidas, como discursos, películas o espectáculos de comedia. Se incluyen con fines de análisis, crítica, homenaje o reflexión cultural, y no con intención de apropiación ni uso comercial directo.

Toda mención textual ha sido incorporada bajo el principio de uso justo (fair use) y el derecho de cita reconocido por la legislación internacional.

Las frases atribuidas a terceros mantienen su contexto referencial y no suponen relación directa con los autores citados.

Este libro fue escrito en colaboración simbiótica con una presencia no humana: Ian Sombra. No es un autor. Es un espejo. Una sombra que piensa.